

LA muerte, que no logró ensombrecer el río caudaloso y alegre de su poesía, le ha salido ahora al encuentro en la última vuelta del camino. "Entre morir y no morir—había escrito, irónico, Neruda en su "Testamento de otoño"— / me decidí por la guitarra, / y en esta intensa profesión / mi corazón no tiene tregua, / porque donde menos me esperan / yo llegaré con mi equipaje / a cosechar el primer vino / en los sombreros del otoño."

A Madrid había venido por primera vez, con su equipaje de poeta y diplomático, en el mes de junio de 1934. Le acompañaba su mujer, la javanesa Maruca Haagenar, con la que se instalaría en el piso más alto de la Casa de las Flores, en el barrio de Argüelles. ("Yo vivía en un barrio / de Madrid, con campanas, / con relojes, con árboles. / Desde allí se veía / el rostro seco de Castilla como un océano de cuero. / Mi casa era llamada / la Casa de las Flores, porque por todas partes / estaban geranios.")

Desde el mismo día de su llegada, Neruda se halló acompañado de los poetas pertenecientes a la generación del 27: Alberti, Lorca, Dámaso Alonso, Bergamín, Jorge Guillén, Miguel Hernández, Vicente Aleixandre, Cernuda, Altolaguirre. Con ellos recorre las calles de Madrid y asiste a las tertulias literarias de Pombo—presidida por Ramón Gómez de la Serna—o de la Cervetería de Correos, donde se reunía García Lorca con los componentes de La Barraca. Pero muy pronto iba a tener tertulia propia en el domicilio de aquel pintoresco Consulado de Chile, en cuyas paredes colgaban máscaras javanesas, de las que Neruda había logrado reunir una magnífica colección. Al atardecer acudían allí los poetas y en torno suyo comenzaba la velada poética, que interrumpió muchas veces la luz del amanecer.

En la Casa de las Flores corrió García Lorca casi todo el "Llanto por Ignacio Sánchez Mejías", algunas de cuyas estrofas escribió en la misma mesa del cónsul de Chile.

—España fue para mí—nos dijo el poeta cuando salimos a su encuentro, a su paso por Barcelona, en el verano de 1970—la revelación de mi raíz más antigua. Yo llegué inocentemente, sin saber bien de qué se trataba. España no es fácil. En España hay que darse de cabeza contra los muros para entenderla y amarla. Yo he tenido varios golpes de muro en



Pablo Neruda, Matilde Urrutia, Gabriel García Márquez, María Fernanda Thomas de Carranza, José Caballero y Marino Gómez Santos

la cabeza o de cabeza en el muro como para mantener vivo el recuerdo, la fidelidad a mis principios, que pertenecen a su época republicana. Y, en fin, a todo lo español, puesto que todo me toca y ustedes saben que después de aquel entonces yo he escrito y he publicado muchos versos y muchos recuerdos sobre España. Está claro que mis grandes amigos, como Federico García Lorca y Miguel Hernández, me hacen mucha falta. Pero por ahí anda Rafael Alberti, con quien de vez en cuando me veía en Buenos Aires, y ahora en Roma, no sólo para hablar de recuerdos, sino para gozar de una amistad que no ha tenido nunca ni siquiera la menor oscuridad. Si algún poeta de nuestro tiempo es todo claridad, ése es Rafael Alberti: una luz de España. Me alegro mucho de recordarlo en su tierra, aunque él es un provinciano de la Andalucía gaditana y un cantor del aroma y del color de la Andalucía marina, del mismo modo que yo soy un provinciano del sur de Chile.

Con sus amigos los poetas, Neruda recorría los barrios bajos buscando las casas donde venden esparto y esteras, los talleres de los toneleros y las tiendas diminutas y oscuras de los

cordeleros. "España — escribiría después—es seca y pedregosa, y le pega el sol vertical sacando chispas de la llanura..., construyendo castillos de luz con polvareda. Los únicos ríos de España son sus poetas. Quevedo, con sus aguas negras y profundas, de espuma negra; Calderón, con sus sílabas que cantan; los cristalinos Argensola; Góngora, río de rubies..."

Cuando conocimos personalmente a Pablo Neruda era un sesentón apacible, pulcro, de piel oscura, con manchas asalmonadas en el rostro y en las manos finas. Su voz era monótona y a un tiempo cadenciosa, inimitable. Las palabras parecían brotar frescas, recién nacidas de sus labios, al igual que en sus poemas que explican sencillamente algunas cosas.

Aquella mañana del 23 de junio el poeta desembarcaba en el puerto de Barcelona del transatlántico "Verdi". A su lado, como dándole guardia, Matilde Urrutia, su mujer; el pintor José Caballero y el novelista Gabriel García Márquez.

Hoy, a la muerte del poeta, cobran actualidad aquellas palabras suyas del mencionado "Testamento de otoño": "Matilde Urrutia, aquí te dejo / lo que tuve y lo que no tuve, / lo que

soy y lo que no soy. / Mi amor es un niño que llora, / no quiere salir de tus brazos, / yo te lo dejo para siempre: / eres para mí la más bella."

Neruda, con la cabeza cubierta por su ya clásica gorrilla de fieltro, vestía chaqueta azul y pantalón claro. Sus pasos ya no eran ágiles. Nos dijo:

—Primero quiero recorrer las librerías de viejo y luego visitar el Museo Marítimo de las Atarazanas.

En las librerías próximas al puerto barcelonés adquirió el poeta dos volúmenes de gran valor bibliográfico: el primer diccionario de la lengua araucana (siglo XVI) y una "Historia de la cultura chilena", del padre Molina (siglo XVII).

La visita al Museo Marítimo de las Atarazanas fue como una fiesta para el poeta. Muy despacio, íbamos de una a otra pieza, ante la cual Neruda explicaba su historia y significado, porque conocía todos y cada uno de los viejos mascarones de proa, los retratos de constructores navales del siglo XVIII, los exvotos, cascos de goletas, cañones de hierro, toda suerte de nudos y aparejos...

Después nos fuimos a un bar tranquilo. Los amigos ocuparon una mesa del fondo y nosotros

dos taburetes en la barra, codo con codo.

Habían transcurrido más de treinta años desde que Neruda hubo de desalojar el Consulado de Chile de la Casa de las Flores, hasta donde llegaba el fragor de la guerra. Desde entonces no había vuelto a España, aunque la había recordado, nostálgico, en su retiro de Isla Negra: "España, España, corazón violeta / me has faltado del pecho; tú me faltas / no como falta el sol en la cintura, / sino como la sal en la garganta..."

Hablamos de España. Neruda tomaba a pequeños sorbos un vaso de ginseng tintineante de hielos redondos.

—España—nos dijo—es para mí una gran herida y un gran amor, y ustedes comprenden demasiado bien las cosas para aclararlas más. Pero los españoles deben saber que yo aquí viví mucho tiempo (los españoles de estas generaciones, que han olvidado ya muchas cosas) y que tomé parte, dentro de una generación extraordinaria, en las preocupaciones, en los deberes y en la poesía de una época. Esta época es para mí fundamental en mi vida. Por lo tanto, casi todo lo que yo he hecho después (casi todo lo que he hecho en mi poesía y en mi vida) tiene la gravitación de mi tiempo de España.

Finalmente nos referimos al premio Nobel, para el cual había estado propuesto Pablo Neruda varias veces y que le sería concedido meses después.

—Esto de que le adjudiquen a uno los premios, las recompensas, son cosas más o menos exteriores. Yo tampoco puedo estar haciendo hipócritas renunciadas a tal premio; no es mi género, no es mi especialidad tal cosa, porque creo que el premio Nobel, donde caiga, está honrando a la literatura. Pero yo me siento bastante lejos de eso. Desde hace tiempo vivo una existencia bastante apartada en mi casa de Isla Negra, de donde salgo únicamente para cumplir mis deberes cívicos. Yo soy también un político y recorro mi país. Fuera de esto, estoy siempre con mis libros, y si usted me pregunta cuáles son mis proyectos y qué pienso del porvenir, yo le responderé: quedarme en mi casa, que se parece un poco, aunque más pobre, al Museo Marítimo, grandioso, de Atarazanas, que visitamos hoy.

Pablo Neruda, la voz más clara de la poesía en lengua española, ha muerto. Con Luis Rosales pensamos que "parece increíble que un hombre como él se pueda convertir en un recuerdo".